

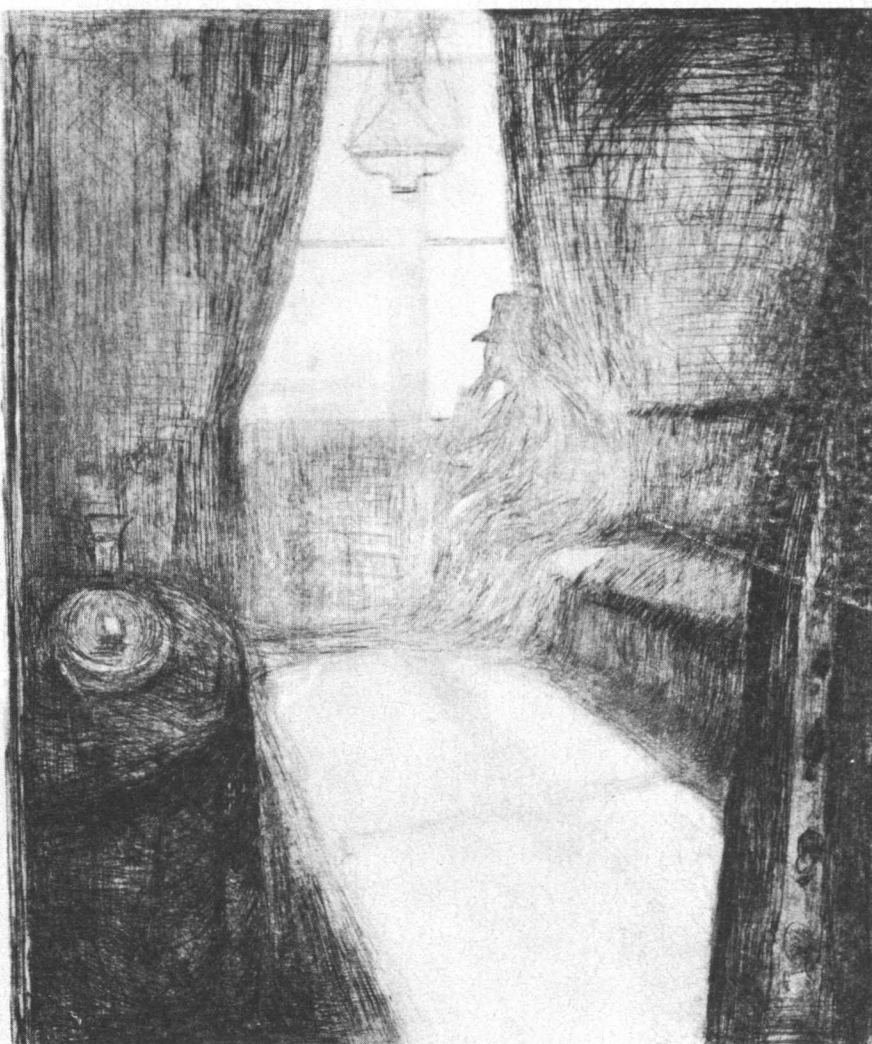
EL LORO DE FLAUBERT

¿Cuál fue el perico en que se inspiró Flaubert para escribir su "Cora-zón simple"? En *El loro de Flaubert* de Julián Barnes(1) la sencilla semilla de esta pregunta se eleva, crece y propaga hasta ramificarse por toda la obra del padre Gustave, Barnes o su narrador—un perico en busca de otro—, se desplaza con gracia y comodidad por las ramas del árbol Flaubert en busca de ese fantasma emplumado. La busca del cotorro—figura irónica de la cabeza vacía del escritor que repite lo que oye— se transforma en el camino en la búsqueda del Gustave perdido, esa Penélope de los modernos. Híbrido hilarante de lechuza sabihonda y de papagayo rezongón, Barnes se comporta como todo un zorro y rodea la madriguera flaubertina con la meticulosa sagacidad del cazador hambriento. No en balde se llama Julián como el santo cazador hospitalario que ampara su bautizo y que, de entre las almas simples creadas por este autor, es uno de los que más heroicamente resisten la tentación de una prematura santidad. Se adivina que la novela ha sido compuesta como un ejercicio de periquería y parodia. Bajo la apariencia inofensiva de la amenidad familiar, encubre alfileres de todo género: la filología, la medicina, la crítica de pintura, la gastronomía, el bestiario, el examen escolar,

la biografía, la guía alfabética, la novela conyugal y la traducción. O sea una de esas novelas coquetas y saltarinas, que combinan insolencia y buen humor. El equivalente novelado del pastel de carne: pasta narrativa amasada con harina del flaubertiano costal, levadura irónica, sigilosas nueces conceptuales finamente picadas y relleno biográfico y autobiográfico marinado en mala leche. Dicen que Barnes cotorrea sin hacer ruido como *El idiota* de Sartre. Puede ser. En todo

caso, sigiloso como un tahir, les reparte a los lectores las cartas de Flaubert, les hace creerse inteligentes—es un maestro de la seducción al absurdo—, luego se va limpio, y nos deja en ascuas, incómodos, con el sentimiento de que la novela sólo es buena a costa de nuestra bobería y de que las cotorras somos nosotros ("¡Loulou c'est moi!", exclama irritada la mente al terminar). Desde luego, esta obra incendiaria trae su dispositivo contra comentarios siniestros. Incluye un examen escolar concebido para reprobar a los lectores.

La querella del fondo en la forma, la discusión itinerante del vino y de los odres, de la primacía del huevo conceptual sobre la gallina de su estructura se resuelve en Barnes a través de una novela que adopta una multi-



El grito, 1895. Litografía.

* Escritor mexicano. Tercer Mundo Editores, anunció para este año la publicación de sus ensayos sobre Alfonso Reyes. Actualmente es subdirector del Fondo de Cultura Económica de México, en donde ha sido uno de sus más firmes y brillantes editores. Forma parte de la dirección de la Revista GACETA, de México, desde hace más de 10 años, y del grupo de colaboradores de la Revista Literaria GRADIVA (Bogotá) desde 1987.

(1) Julián Barnes, *El loro de Flaubert*. Traducción de Antonio Mauri. Ed. Anagrama. Barcelona, 1986.

plicidad de formas referidas a una pluralidad de temas. Pinta la biografía de un hombre concebida no como una ingenua narración lineal sujeta a la tediosa cadena de las causas y de los efectos, sino como la presentación, por así decir, simultánea de sus intereses y obsesiones registrados a través de formas literarias específicas. Los actos quedan, desde luego, relativizados, suspendidos en la solución de las potencias y facultades entre las que flotan. Tal vez sea una manera sospechosa de escribir una biografía; es, en todo caso, un procedimiento sumamente eficaz para captar en toda su plenitud a un hombre que denegó la vida y que, en cierto modo, transfor-

mó esa denegación —*ipsissima verba*, en la materia de su tránsito cotidiano.

Roger Martín du Gard confiesa en una de sus cartas que si Madame Bovary puede hartar por su implacable pureza formal, *La Correspondencia* de Flaubert es un libro tan perdurable como los ensayos de Montaigne. Barnes no ignora este lugar común. Por lo visto, la literatura moderna está condenada a trepar una enredadera alrededor de las grandes obras clásicas. En resumidas cuentas, *El loro de Flaubert* sería una correspondencia con la *Correspondencia*, la repetición desesperada de los grandes lugares e ideas flaubertianas como una puerta hacia la obra, de modo que la escritura

de una pequeña guía se transforma en la creación de un país prestado. Dicho de otro modo, la única manera de comprender a un gran hombre es ponerse sus pantuflas, comer con su cuchara, revivir sus amores y, literalmente, transformarse en su amante escribiendo el monólogo que hubiese sostenido su mujer. La tentativa desaforada de resurrección de las momias y de los animales disecados transporta a este Orfeo irónico a los infiernos mismos del presente. El lector termina cayendo en la cuenta de que Gustave Flaubert está aquí; sólo es cuestión de buscarlo en el lugar adecuado. "Hubo una vez un loro que decía 'hubo una vez...'"

Madonna, 1903. Litografía.

